

# La vida de la Academia

Por el Dr. Joaquín Trías Pujol

Excelentísimas Autoridades,  
Señores Académicos,  
Señoras,  
Señores:

Dentro de poco cumplirán 50 años de mi primer contacto con la Academia. Estudiando el tercero de Medicina, en 1906, por consejo de aventajados compañeros que estudiaban algunos cursos más adelantados, solicité el ingreso en dicha Academia, en calidad de socio agregado (título que se daba a los estudiantes).

Con gran ilusión, no exenta de timidez, ingresé en aquella para mí misteriosa Institución, donde, mediante los trabajos técnicos y de investigación practicados en sus laboratorios, se elaboraba la Ciencia del mañana, y donde tendría ocasión de conocer de cerca aquellas ilustres personalidades admiradas, no sólo en los ambientes profesionales, sino también por el público profano.

La primera persona con la que establecí contacto fué con el conserje señor Sánchez, que por lo visto asumía en su persona funciones tan numerosas como variadas. Este probo funcionario, al que me place dedicar un recuerdo en estos solemnes momentos, de manera reposada, palabra sobria, con sus gafas y grandes bigotes, tenía un aire que inspiraba a la vez confianza y seriedad.

Cuando para nuestros trabajos deseábamos un libro, unas cuartillas, una información o un fragmento de esqueleto (había huesos en abundancia para uso de los estudiantes), acudíamos a aquel excelente funcionario que, educado en la estricta disciplina de la Benemérita (era guardia civil retirado), con su celo, discreción y tacto nos daba toda suerte de facilidades. Incluso la convivencia de personas graves por su edad y sus prestigios con nosotros, jóvenes estudiantes inquietos y bulliciosos, jamás planteó problema ni dificultad alguna.

*El edificio.* — El viejo caserón de la Puertaferriosa, 6, era un principal no muy espacioso, con una escalera de acceso vetusta, pero un tanto majestuosa, emplazado en un lugar muy adecuado, dada la proximidad del viejo Hospital de la Santa Cruz, donde se concentraban la mayor parte de actividades médicas. La actividad de aquella casa en dicha época era considerable. Los laboratorios, muy concurridos, y la biblioteca, que funcionaba sin horario, pues no se cerraba hasta media noche, daban a aquella casa el aspecto de una colmena

científica viviente. Hoy día nos explicamos difícilmente cómo cabían tantas dependencias en aquel local de limitada capacidad. Salón de sesiones, biblioteca, laboratorios, oficinas, museo de Anatomía normal y patológica, habitaciones para el conserje y su familia, y a todo esto todavía quedaba espacio para jaulas de animales de experimentación, ya que allí no faltaban ratas, cobayos, conejos y ranas para toda clase de comprobaciones biológicas.

*Biblioteca.* — La biblioteca, bastante bien provista, nos permitía conocer los libros importantes de consulta, cosa que no podíamos en aquella fecha efectuar en la de la Facultad, que sólo contenía obras anticuadas, aunque algunas eran de gran mérito bibliográfico, ya que no disponía de consignación para adquirir obras modernas. También la Academia poseía revistas, cuya existencia sólo podíamos conocer los que asistíamos a aquella docta casa. El local de la misma, situada en parte posterior del edificio, sin duda para eludir los ruidos de la calle, daba a un pintoresco patio ochocentista con surtidor y peces, amenizado por el canto de numerosos pájaros que residían en unos árboles del patio interior.

*Salón de Sesiones.* — Este Salón, el más espacioso de la casa, estaba situado en la parte de la fachada y daba a la calle Puertaferri, que en aquella época era una vía de gran circulación. Dicho Salón, que empleábamos también como ampliación de la biblioteca en funciones de sala de lectura, era un tanto ruidoso, por los gritos de los vendedores ambulantes frecuentes en aquella época, alternaban con amenos conciertos a cargo de pintorescas orquestas formadas por ciegos, que a determinadas horas del día, mañana y tarde, situadas en la acera de la calle, obsequiaban al vecindario y a los transeúntes con piezas musicales no exentas de valor musical y buen gusto.

*Las Sesiones científicas.* — Por aquella tribuna vimos desfilar a los más eminentes prestigios de la época, y los estudiantes, no sólo teníamos ocasión de conocerles personalmente, sino que, quizás con un poco de ligereza juvenil, nos permitíamos valorarles, pretendiendo distinguir los valores verdaderos de los aparentes.

En aquellas célebres sesiones científicas, unas serenas y apacibles, otras acompañadas de controversias apasionadas, pero siempre interesantes, no estaban de moda los teorizantes. Reinaba en el ambiente una sorda hostilidad contra los excesos retóricos, de los que, según parece, se había abusado extraordinariamente en el siglo pasado. Ni la erudición superflua, ni la vana palabrería, ni la prolijidad eran apreciadas en aquellos tiempos, y allí aprendimos a estimar la sobriedad, el trabajo práctico y el criterio personal.

*Laboratorios.* — Los laboratorios de aquella época merecen un recuerdo de gratitud y admiración. Acudían médicos de todas edades y estudiantes que, en número limitado a las posibilidades de instrumental y espacio, trabajaban intensamente en cursos de carácter esencialmente práctico, bajo la dirección de profesores calificados, que ponían todo su entusiasmo en su cometido. En Bacteriología actuaba el doctor LLEÓ MORERA, que había sucedido al doctor TURRÓ; en Histología y Anatomía Patológica, el doctor FERRET, y en Análisis químico aplicado a la Clínica, el doctor OLIVER RODÉS. Muchos de nuestros reputados analistas derivan directa o indirectamente de aquellas enseñanzas. Los que sentían intensa vocación, repetían los cursos, se transformaban en ayudantes o sucedían a los profesores, como ocurrió con los doctores MORAGAS GARCÍA, CELIS, GRIFOLS, FORNELLS, GUILERA, VIDAL Y FRAIXANET, VILARDELL

y otros. Esta Escuela Práctica, aparte la utilidad directa inmediata, tuvo el mérito de despertar un gran número de vocaciones, que sin ellas hubieran quedado inéditas. Hoy día sorprende pensar que en aquellos reducidos locales, a pesar de lo modesto de las instalaciones, había microscopios en número suficiente, estufas que funcionaban sin parar y tampoco faltaban animales para las comprobaciones biológicas.

*Publicaciones.* — En 1907 aparecieron los Anales de la Academia, publicación no interrumpida hasta nuestros días, en la que se reflejan las actividades y vida científica de la Entidad.

*2.º Época. Calle de Lauria, número 7.* — El aumento creciente del número de socios, la hipertrofia de la biblioteca, que cada día contaba con mayor número de libros y revistas, determinaron una falta de espacio vital que motivó el traslado a un local más espacioso, cosa que se efectuó bajo la dirección del malogrado doctor RIBAS Y RIBAS, entonces presidente de la Entidad, en marzo de 1923. El desplazamiento del Hospital de la Santa Cruz al Hospital de San Pablo y de la Facultad de Medicina al Hospital Clínico, ambos situados en barrios excéntricos, aconsejaron este desplazamiento hacia el Ensanche. Se hablaba ya de adquirir un local propio, lo que motivó que esta residencia tuviera siempre un carácter interino, lo que no impidió que esta interinidad se prolongara durante 8 años.

En esta época, que podemos calificar de transición, nuestra Entidad se desenvolvió con toda vitalidad, no exenta de acontecimientos, que modificaron un tanto su funcionamiento y estructura.

*Proliferación académica.* — En esta época la Academia empezó a ramificarse en filiales, agrupadas por especialidades, que sentían la necesidad de asociarse para estudiar los problemas peculiares a cada una de ellas, poniéndose a tono con las necesidades actuales, quedando, no obstante, dentro de la Academia, como las ramas quedan unidas al tronco del cual proceden.

*Agrupación escolar.* — Los estudiantes, que eran cada vez más numerosos y poseían un dinamismo exuberante, constituyeron la Agrupación Escolar de la Academia, en la que por su propia iniciativa organizaron cursos monográficos a cargo de reputados especialistas, sesiones científicas, con diversas derivaciones en el terreno artístico y literario.

*Relaciones culturales externas.* — La Academia, que hasta entonces había estado un tanto desligada de relaciones con otras entidades, se abrió un tanto al exterior. La visita colectiva de unos médicos madrileños, organizada por «Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades», fué objeto de una solemne sesión científica, en la que presentaron comunicaciones los doctores MARAÑÓN, GONZÁLEZ DUARTE, GONZÁLEZ AGUILAR, JIMÉNEZ QUESADA, CARRASCO CADENAS y otros que sentimos no recordar. La feliz idea de este intercambio representa una colaboración con otras entidades que ya nunca más se ha interrumpido y hoy día continúa en forma de cursillos, congresos y reuniones en las que se rebasan las actividades de orden local.

Las relaciones con la Facultad de Medicina fueron muy íntimas durante esta etapa. Hubo un momento en que la Universidad fué clausurada por las autoridades, con motivo de haber repercutido en ella las turbulencias políticas de aquellos agitados tiempos. Privadamente, profesores y alumnos, de común acuerdo, continuaron las clases en el local de la Academia para evitar la pérdida de un tiempo irreparable en las tareas docentes.

*Sobresaltos.* — Malévolas acusaciones pusieron en peligro las actividades y la existencia misma de la Academia. Felizmente, el delegado de la autoridad que fué encargado de esclarecer los hechos, dotado de una preparación cultural adecuada y de un espíritu comprensivo, tuvo ocasión de comprobar lo infundado de dichas acusaciones.

*Traslado a la residencia actual. 1931.* — Por fin llegó el momento de instalarnos, no diré en la tierra de promisión, pero sí al edificio soñado que actualmente ocupamos. Efectivamente, el sueño tantos años acariciado de trasladarnos a un local propio donde se agruparan a un mismo tiempo importantes corporaciones científico-administrativas, ya está realizado. La biblioteca ha encontrado un local digno y suficiente, pero se impuso el sacrificio de prescindir de los laboratorios y sus enseñanzas prácticas, de tan brillante tradición y tan reconocida eficacia. Claro que se argumentó, como disculpa, que la multiplicidad de laboratorios en los nuevos Hospitales de la Facultad y de San Pablo, y la actividad de los mismos, ya los hacían innecesarios.

No obstante, yo he de confesar en estos momentos que, reconociendo el valor de la circunstancia antes indicada, no dejo de sentir remordimientos por haber accedido a dicha mutilación.

Con la supresión de los laboratorios y sus enseñanzas, yo me pregunto: ¿No habremos desfigurado un tanto el sentido práctico de nuestra Institución? ¿Estarían satisfechos nuestros ilustres antecesores de esta supresión?

*Saludo final.* — Nuestra Academia siempre ha sido parca en nombrar socios de mérito. Por fortuna, viven dos de ellos, tan venerables por su avanzada edad como por sus relevantes méritos, y aunque alejados de nosotros, me consta guardan un gran afecto a nuestra Institución. Me refiero al profesor don VÍCTOR ESCRIBANO GARCÍA, catedrático jubilado de la Facultad de Medicina de Granada, que tanto ha enaltecido a la Medicina catalana en sus trabajos sobre Historia de la Medicina española, y al profesor RODOLFO MATAS, catedrático jubilado también de la Facultad de Medicina de New-Orleans (Estados Unidos), que siempre ha recordado su origen catalán y no pierde ocasión para demostrar su simpatía y protección a cuantos compatriotas se acercan a él y a nuestras Instituciones médicas.

A los dos me place dedicar un afectuoso recuerdo en estos solemnes momentos, lleno de admiración y respeto, rogando a nuestro digno presidente quiera recogerlo, por si estima conveniente transmitirlo a los interesados, que de seguro lo acogerán con agrado.

He dicho.

# El LXXV Aniversario de la Academia de Ciencias Médicas

Por el Dr. A. Pedro Pons

Excelentísimos señores, señores académicos, señoras:

En este mes de abril, y a pocos días de diferencia, se cumplen los 75 años, no propiamente del nacimiento, sino del bautizo de nuestra entidad, la Academia de Ciencias Médicas. Aquella fecha del 2 de abril de 1878, en que inicia su vida esta Academia, no es sino la de la fusión de dos entidades preexistentes. La Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña es la integración de las dos Sociedades médicas de vida más floreciente en aquella época. En medio de una dispersión estéril de actividades, languidecían otras entidades: la Academia Médico-Científica, la Academia Médico-Farmacéutica, la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona, entre otras. Existían dos que encarnaban los más altos ideales y de cuya fusión providencial nació nuestra asociación; eran «El Laboratorio» y la Academia de Ciencias Médicas. La primera de ellas, «El Laboratorio», fundado en 15 de enero de 1872, merece más largo comentario.

Por aquella fecha un grupo de estudiantes de Medicina, decepcionados del limitado alcance de la enseñanza rutinaria y excesivamente teórica que recibían, decidió constituir una asociación, no para seguir el patrón verbalista de la enseñanza oficial, sino para completarlo con prácticas de orden experimental.

Es remarcable que este gesto creador y revolucionario fué iniciado por unos estudiantes de los primeros cursos de Medicina. Estos jóvenes, cuyos nombres merecen ser destacados, eran Salvador Cardenal, José Barraquer, Juan Viura, Manuel Riba y Manuel del Vilar.

Por esta vez, el gesto de protesta no fué vocinglero y estridente como nos tenía acostumbrados la pasada centuria, tan rica en revoluciones destructivas e inoperantes. Fué una nueva modalidad de la asonada estudiantil, que se salió de la vulgar pedrea a la fuerza pública para ser un movimiento sereno, constructor y eficaz. De la fuerza y la encendida vocación que forjó este movimiento nos dará idea que los muebles que debían alojar en el piso 2.º de la casa número 12 de la calle Riera Baja, los facilitara de su propia casa un estudiante que debía alcanzar más tarde un esplendor y renombre universales: Salvador Cardenal.

Esta asociación fué denominada con simplicidad espartana «El Laboratorio», algo así como el taller en donde estos hombres inquietos aprenderían el arte de la vivisección y la fisiología de un modo práctico y directo.

*Giné, Letamendi y Robert.* — «El Laboratorio» fué una creación estudiantil. Sus fundadores fueron estudiantes que por entonces habían terminado las asignaturas de Anatomía y Fisiología. Apenas nacida la entidad, se afiliaron

a ella Francisco de Sojo, Luis Suñé y Molist, José Colomer y José Pagés, alcanzando el número de diez socios, todos estudiantes, que se proponían, según los estatutos, «subsana la vacuidad y falta de nociones a que conduce la enseñanza puramente oral de las Ciencias Médicas».

El siguiente año, 1873, eran 19 socios, y en 1874, 53 asociados entre médicos y estudiantes. La fundación de «El Laboratorio» en un impulso estudiantil, merece que lo mediten los hombres maduros, siempre dispuestos a subestimar los actos que dicta la inexperiencia y ardor juveniles.

Pero los hombres de aquella época fueron justos y reflexivos y alcanzaron por su gesto y generosidad el mismo rango de los fundadores de «El Laboratorio». Si se tiene en consideración el espíritu de aquella época, liberal y democrática, pero tan celosa de las jerarquías, asombra encontrar entre los socios de «El Laboratorio» a Giné Partagás, catedrático de Disección; a José de Letamendi, catedrático de Anatomía, y a Bartolomé Robert, médico del Hospital de la Santa Cruz. Admira la adhesión de estos tres hombres, los más representativos del momento, a esta entidad heteroclita, que en sus albores fué más estudiantil que estrictamente profesional. El ingreso de estos hombres en una época de tan reciente creación de «El Laboratorio», que aun no podía alcanzarse su perdurabilidad y eficacia, les honra. No esperaron a que la Sociedad alcanzara una madurez a la altura de sus altos prestigios, sino que se apresuraron a prestarle su apoyo y colaboración. Y es que Giné y Letamendi, eran mucho más que catedráticos, eran maestros, y en el alto significado de este vocablo cabe el de creador y un sentido no ajeno al de paternidad.

Extraña menos el ingreso de Giné Partagás, que fué un espíritu travieso y juvenil, capaz de todas las actividades: anatómico, cirujano, dermatosifiliógrafo, historiador y literato, su mentalidad amplia y polifacética oteando todos los horizontes, debía ser una de las primeras en comprender e identificarse con la nueva sociedad.

Descubre una faceta en don José de Letamendi, de quien la generación posterior tuvo el peregrino concepto de un teorizante, mejor filósofo que médico y más inclinado a darle a la pluma que a tomar el pulso a los enfermos. Pero lo que realmente fué Letamendi se empieza a vislumbrar en el dato histórico de su ingreso en «El Laboratorio», en donde se practicaba la vivisección y experimentos fisiológicos. Letamendi fué un médico completo que pasó por todas las facetas del saber profesional, no desdeñando a ninguna y sentando un criterio hipocrático tan ortodoxo, que hace de él el precursor en nuestra patria y fuera de ella de la actualísima medicina psico-somática.

El último triunviro Bartolomé Robert, ¿qué podía buscar en «El Laboratorio» el clínico más famoso y solicitado por una brillante clientela? A la luz del documento histórico aparece asimismo la figura del gran médico, no como la de un práctico o médico de cabecera, sino de un profesional completo cuya mirada se posa, no solamente sobre el protocolo clínico, sino también en el hecho experimental.

Con el triunvirato Giné, Letamendi y Robert quedan echadas las piedras sillares de «El Laboratorio», que no necesita ya sino la consagración que debe llegarle desde fuera de nuestra Patria.

*La Consagración de «El Laboratorio»: Claude Bernard.* — Por razones geográficas nuestra región ha tenido siempre puesta su mirada en Francia, la nación vecina. París ha sido una meta para los intelectuales españoles y espe-

cialmente para los catalanes. Los médicos de aquella época aprendieron casi exclusivamente en los textos franceses. Una minoría solamente, más por deseo de notoriedad que por convicción, iban a estudiar a Alemania. Para explicar aquella tendencia he aducido la razón de vecindad, pero existe otra de supremo alcance: la admiración entusiasta a la Medicina francesa del siglo XIX. Después del marasmo y oscurantismo medievales, en donde queda soterrada la Medicina histórica de los primitivos, aparece al final del siglo XVIII y durante el XIX el renacimiento médico más trascendental de la historia.

Con las corrientes enciclopedistas que preparan la revolución francesa, aparecen los grandes médicos Leannec, Bichat, Corvisart, Bouillaud, Bretonneau, que inauguran la época de oro con sus clínicos Trousseau, Charcot, Potain y tantos otros. Sin desestimar la importancia del movimiento médico en Alemania e Inglaterra, bien puede afirmarse que de los grandes progresos que alcanzó la Medicina clínica en el pasado siglo, a Francia le corresponde el primer lugar.

Nuestros médicos quedaron deslumbrados ante aquel resurgir esplendoroso. Pero hasta aquel momento la escuela francesa era anátomo-clínica. Le faltaba completarse de un adecuado contenido fisiológico y experimental. Esto lo logró a los pocos años aquel mozo estudiante de Medicina que desde su aldea llegó a París con una comedia inédita bajo el brazo, y que más tarde habría de ser el creador del método experimental y cuyo nombre se ha inmortalizado: Claude Bernard.

No sé exactamente si José Colomer, uno de los fundadores de «El Laboratorio», que había aprendido en París las técnicas de investigación fisiológica y que dirigía los trabajos experimentales, conocía a Claude Bernard. Pero lo cierto es que, sabedor este investigador genial de las actividades de «El Laboratorio», dirigió a la entidad una carta de magna felicitación en premio a los importantes trabajos de investigación que se realizaban.

Esta carta de Claude Bernard es la consagración de la labor de aquellos esforzados que echaron los cimientos a nuestra corporación. La confirmación de Claude Bernard desde su sillón papal de París la recibe «El Laboratorio» con unción religiosa y es como una bendición la carta de reconocimiento y estímulo del gran sabio francés.

*La escuela médica barcelonesa.* — La constitución de «La Academia y Laboratorio» representa el acto fundacional de nuestra escuela médica. Hasta entonces no existía. Había grandes individualidades médicas formando como un sistema de islas en medio de un archipiélago en cuyas aguas mansas vegetaba el médico práctico sin pena ni gloria. Nuestra Patria, el final del siglo XVIII y gran parte del XIX, tuvo médicos famosos: Virgili, Gimbernat, Orfila, para limitarnos a los más conocidos. La mayor parte fueron hombres cuya labor no tuvo continuidad. Evidentemente que ello no fué exclusivo de nuestro país, pues en otras naciones sucedía igual. Deben aceptarse estas individualidades como grandes médicos y creadores, pero no deben estimarse como a verdaderos maestros. Toda su pujanza se extinguió con ellos; no supieron del gesto del sembrador y no crearon escuela. Los médicos sentían hacia ellos una admiración excesiva en muchos casos, una estimación de hombres geniales o superdotados, a los que era imposible emular o imitar.

La fundación de La Academia, humanizó a los grandes médicos, les puso en contacto con sus colegas, y de la relación que se estableció entre ellos na-

ció una corriente cultural que como savia fecunda se esparció vivificando el ambiente profesional en que vivían. La Academia significa el final de una etapa de aislamiento y el comienzo de la escuela médica catalana de nuestros días.

*Etapas y locales de la Academia.* — El 30 de noviembre de 1878 celebróse la sesión inaugural de la nueva entidad, fusión de «El Laboratorio» y de la «Academia de Ciencias Médicas». Contaba con 112 socios numerarios y 44 agregados. Tuvo lugar en el local que ya ocupaba «El Laboratorio», un piso no muy grande, de la casa número 10 de la calle del Paradís. La Academia y Laboratorio ocupaban el principal; el primer piso lo estaba por el «Centre Excursionista de Catalunya». El piso de la Academia era atravesado por dos columnas estriadas, restos del memorable templo de Augusto, erigido en el siglo IV y que finalizaban en el piso del «Centre Excursionista», expansionándose en dos primorosos capiteles.

La «Academia y Laboratorio» asentaba en la Acrópolis, el barrio más antiguo de la ciudad, y a través de las columnas romanas que le sostenían parecía ascender toda la savia fecunda de siglos pretéritos de una Barcelona romana y medieval. Pero el piso era insuficiente y los presidentes de aquella época, Cardenal, Alvaro Esquerdo, especialmente este último, ayudado por su activo secretario Juan Freixas y Freixas, determinaron buscar un nuevo emplazamiento.

En 1892, contando la Academia con 149 socios numerarios y 72 agregados, se trasladó al piso principal de la casa número 6 de la Puertaferriosa, en donde radicó durante 31 años. Los que la hemos frecuentado en el curso de aquella etapa no podemos olvidarla. Situada en la vecindad del Hospital de la Santa Cruz, la Academia fué para nosotros la continuidad de las grandes salas del viejo Hospital. Fué una feliz vecindad la del Hospital y la Academia. A ella acudían la mayor parte de médicos de número e internos, así como los estudiantes. ¡Cuántas horas pasadas en su biblioteca con sus 5.000 ó 7.000 volúmenes y estudiando osteología en las piezas esqueléticas guardadas en el museo de la Academia! Allí se confundían el profesor con el médico y con el estudiante. Con cuánto respeto veíamos pasar ante nosotros a los médicos más famosos de aquella generación. La biblioteca, atendida por el portero y conserje señor Sánchez, seguía abierta hasta las 12 de la noche. Para que fuera homogéneo y digno de la grandeza de aquella Academia, ésta tuvo en Sánchez un servidor activo e inteligente; era infatigable, siempre se le hallaba en la casa, de la que ocupaba con su familia unas habitaciones. No es posible recordar aquella época sin tributar a Sánchez el homenaje que merece su ejemplaridad y servicios a la casa.

Las sesiones de la Academia tenían lugar semanalmente y eran muy frecuentadas, siendo el exponente auténtico de las actividades médicas de aquellas décadas.

En 1923, la Academia en marcha ascendente se trasladó al piso principal de la casa número 7 de la calle de Lauria. Contaba entonces 631 socios entre numerarios y agregados, y allí tuvo lugar en 1928 la celebración del cincenario de la Entidad. Hasta 1936 puede decirse que la vida académica fué desarrollándose conforme a las normas tradicionales en aquella casa.

*Los presidentes de la Academia.* — Han sido 26. Recordemos sus nombres por orden cronológico: LUIS GÓNGORA, BARTOLOMÉ ROBERT, PEDRO ESQUERDO,

LUIS SUNYÉ Y MOLIST, ALVARO ESQUERDO, SALVADOR CARDENAL, MIGUEL A. FARGAS, EMERENCIANO ROIG Y BOFILL, VÍCTOR AZCARRETA, JOSÉ BARRAQUER, RICARDO BOTEY, RAMÓN TURRÓ, JOSÉ TARRUELLA, FRANCISCO FÁBREGAS, JOSÉ MARÍA BARTRINA, HERMENEGILDO PUIG Y SAIS, FELIPE PROUBASTA, ALVARO PRETA, LUIS CELIS, ENRIQUE RIBAS Y RIBAS, JESÚS M.<sup>a</sup> BELLIDO, FRANCISCO GALLART, MONÉS, JUAN FREIXAS, CORACHÁN, JOAQUÍN TRÍAS, BAUDILIO GUILERA.

El solo enunciado de sus nombres es prestigio y auténtica gloria de nuestra entidad. Enumerarlos es aquilatar exactamente el valor de la Academia en su alcance histórico y en su proyección en el futuro.

*La Academia de hoy y las escuelas clínicas actuales.* — Con el traslado en 1932 a la Casa del Médico, abocamos a la Academia de hoy con 1.500 socios en total y una estructura diferente a la de antes.

No cabe duda alguna de que la asistencia actual es mucho más numerosa, si sumamos todos los concurrentes que acuden normalmente a las sesiones.

Algunos compañeros echan en falta aquellas sesiones de antes, en las que asistía un público médico heterogéneo, fuera cualesquiera el tema a discutir. Evidentemente es útil que el especialista asista a sesiones de temas generales o pertenecientes a ramas distintas de las que cultiva. La formación hipocrática del médico es una exigencia que no debe olvidarse, y nada peor para el especialista que encerrarse en los límites estrictos, pero convencionales, de su especialidad. Pero ello no está en desacuerdo con la actual organización de la Academia. La creación de las 21 Asociaciones, no es un hecho artificial ni caprichoso, sino que responde a los nuevos rumbos de la Medicina en todo el mundo. La organización actual no es la consecuencia de una actitud premeditada, sino que sin proponérselo han sido los mismos académicos que se han agrupado en asociaciones distintas.

La Academia responde en su actual organización a la tendencia del momento de la Medicina contemporánea.

Precisamente es útil esta convivencia de las distintas asociaciones, porque ello permite la organización de sesiones de tipo general, la discusión de temas colindantes con varias especialidades, y así fomentando estas reuniones conservaremos a la Medicina de hoy el carácter unitario que la subdivisión en especialidades amenaza destruir.

Algunos médicos miran a la Academia con indiferencia. Esto ocurre precisamente en aquellos servicios de hospital en los que se trabaja y se produce. En estas clínicas, bajo la dirección de un profesor activo, tienen lugar reuniones periódicas, y a veces con una asistencia que en número sobrepasa a la de algunas de nuestras sesiones académicas. Ni que decir tiene que la mayoría de los asistentes son los mismos médicos adscritos a estas clínicas. Ello puede producir la impresión de que la Academia ya no es necesaria, pero yo afirmo que es imprescindible. Nada más pernicioso que encerrarse en un determinado ambiente, aunque éste sea primorosamente cultivado. De los frutos que dan nuestros bancales no podemos apreciar su bondad sino por comparación y confrontación con los de los demás, o sea llevándolos al mercado.

No es posible aquilatar nuestra obra sin ponerla a discusión en la tribuna pública de una Academia, de un Congreso; y es un deber darla a conocer a los demás, a los médicos de otros hospitales o al médico que no pertenece a ninguno. En la discusión rectificamos errores nuestros o los de los demás, y puedo asegurar que las ideas no tienen claridad ni adquieren precisión hasta

que no la hemos divulgado oralmente, discutido y publicado. Entonces entramos en una fase nueva en la que quizá escribiríamos diferente todo aquello que creíamos saber.

La Academia es nuestro templo y a ella hemos de acudir necesariamente si no queremos que el confinamiento produzca en nosotros la idea de superioridad y el desdén para la obra ajena.

La pervivencia y continuidad de la Academia de Ciencias Médicas está asegurada. Es la obra de los que nos precedieron y tenemos el deber de cuidarla y amarla. Las generaciones médicas se irán sucediendo y ellas cuidarán en su día que la antorcha que recogimos de las manos de nuestros mayores no se extinga y sea luz y calor que aúne y aliente a las generaciones médicas venideras.

Recuerdos de la Academia de Ciencias Médicas  
en 1898.

Por el Dr. D. F. Corominas Pedemonte

Origen y visión de la Academia de Ciencias Médicas.

Por el Prof. Dr. A. Sarró

Como fuí Bibliotecario de la Academia

Por el Dr. P. Martínez García

Mis Recuerdos del Hospital de la Santa Cruz.

Por el Dr. Francisco de A. Estapé



# Recuerdos de la Academia de Ciencias Médicas en 1898

Por el Excmo. Dr. D. F. Corominas Pedemonte

Presidente de la Real Academia de Medicina de Barcelona

Ahora que se ha puesto de moda —difícil sería averiguar por qué razón— hablar de la generación del 98, y toda vez que se me ha pedido que evocara mis recuerdos, en lo que éstos alcancen, relativos a la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas, me referiré a aquella fecha, que es la más remota de mi vida de estudiante mayor, porque fué por entonces cuando empecé a concurrir a las muy interesantes sesiones científicas que tenían lugar todos los miércoles a las nueve y media de la noche en aquella Academia.

Esta tenía, por aquellos días, su residencia en un amplio piso principal del número 6 de la calle de la Puertaferriosa, y se componía de socios ordinarios y socios agregados, que éramos los estudiantes de los últimos cursos de Medicina, y esta cualidad nos daba derecho a asistir a todas las sesiones científicas en calidad de oyentes; y si en alguna ocasión que, si mal no recuerdo, solía ser una vez al mes, terminada la discusión científica, la Academia continuaba reunida en sesión administrativa, los socios agregados veníamos obligados a retirarnos del local. Este lo constituía una espaciosa sala que abarcaba toda la fachada del edificio, y en el extremo opuesto al estrado presidencial, a unos pocos metros de la pared del fondo, una valla de poca altura separaba este espacio cerrado, al cual se entraba por una puerta propia, de lo que constituía el verdadero salón de sesiones, compuesto por cuatro hileras de sillones dispuestos a lo largo del salón, en sentido perpendicular a la tarima que ocupaba la mesa presidencial; estas hileras de sillones dejaban un amplio espacio en medio del salón. En el pequeño local separado por la valla, y en sillas de cara a la presidencia, nos acomodábamos los agregados, dispuestos a ver y oír, cosa que hacíamos prestando la mayor atención, pues las sesiones eran siempre interesantísimas, tanto desde el punto de vista científico que, en honor a la verdad, eran las más de las veces, sobre todo para nosotros, que por ellas nos enterábamos de cosas no explicadas en clase ni vistas en el Hospital, como en el aspecto de jolgorio, en el que degeneraban algunas veces, pues en más de una ocasión las discusiones se convertían en verdaderas disputas, que ponían a prueba la paciencia y el don de gentes del Presidente, cuyo cargo ejercieron en aquellos días los doctores ROBERT, y su cuñado ROIG Y BOFILL, los dos de mucha prestancia, muy a tono con el cargo y muy respetados por todos, y el pacífico y ocurrente doctor SUÑÉ Y MOLIST.

Las sesiones científicas eran raras veces conferencias magistrales que lle-

nasen toda una sesión, como ocurre ahora, sino que cada socio, con o sin previo anuncio, refería llanamente y sin abandonar su sillón algún caso clínico, alguna intervención quirúrgica o exponía alguna de las novedades aparecidas en la escasa literatura profesional. Esto daba a las reuniones un carácter de mayor franqueza, les suprimía todo empaque y... naturalmente, facilitaba la disputa, que saltaba con facilidad si alguien quería *reventar* al contrincante. Para nosotros, los estudiantēs oyentes, éstas eran las sesiones más divertidas y no nos dejábamos perder una si, por haberlo anunciado el presidente al terminar la sesión de la semana anterior, sabíamos que a la siguiente hablaría fulano o mengano y el tal era de los que solían provocar discusión acalorada.

Esta saltaba siempre entre los mismos *contendientes*, pues ya se sabía que si hablaba fulano le opondría reparos mengano, y si era éste el disertante le rebatiría zutano, y no siempre con la discreción y cortesía que hubieran sido de esperar entre personas de superior cultura; aparte de tres o cuatro figuras consagradas, que eran respetadas por su superior valer... y porque también sabían defenderse en el tono que usara su contrincante, los demás se guardaban muy pocas atenciones y se rebatían con toda clase de argumentos. Se ha de tener presente que por aquellos tiempos la literatura médica, sobre todo la periódica, no era tan extensa ni estaba tan difundida como ahora, lo cual hacía que las opiniones fuesen más personales y que los hechos clínicos los interpretara cada cual un poco a su manera. Esto quizá aguzaba más el ingenio, porque no se podían aducir como hoy citas de autores extranjeros o nacionales, con que apoyar cada cual sus argumentos, pero también personalizaba más las opiniones y daba, por esta misma razón, mayor calor y originalidad a las discusiones. Todo ello hacía que, para nosotros, fuesen las sesiones académicas muy instructivas, porque sus mismos incidentes hacían que lo en ellas tratado quedase firmemente grabado en nuestra memoria.

La Medicina era entonces mucho menos complicada que ahora. La histología y la bacteriología se hallaban en sus comienzos; empezaba sólo a vislumbrarse la existencia de glándulas endocrinas, pero desconociendo casi totalmente su función y su influencia en la patología; la fisiopatología cerebral estaba en mantillas; no se conocía, o muy poco, la histopatología de la sangre; el cirujano se atrevía pocas veces a practicar laparotomías; se ignoraban la cirugía encefálica y la vascular; no se habían vulgarizado las exploraciones roentgenológicas... y con tan poco bagaje científico la práctica médica se reducía a la propia experiencia y a lo que se estudiaba en unos cuantos libros clásicos, la mayor parte también unipersonales y limitados a exponer la experiencia del autor. Es verdad que todo esto daba al que sobresalía una categoría de maestro, que le ganaba la estima y la consideración de los demás en una forma de veneración y respeto que no conocen los maestros de hoy, a los que cualquiera se cree con derecho de discutir. ¿Qué es lo preferible? No me atrevería a responder. Es indiscutible que un médico de hoy sabe mucha más medicina teórica que los maestros de hace cincuenta años, pero ¿es mejor médico?, ¿conoce y sabe tratar mejor al enfermo?, ¿sabe dirigir mejor su tratamiento?, ¿sabe consolar siempre?

Yo recuerdo y envidio aquellas discusiones de la Academia de Ciencias Médicas del año 98, tan personales, tan fogosas, en las cuales no se hacía alarde de erudición, sino que cada cual exponía en lenguaje sencillo lo que había visto o lo que había hecho o planteaba el estudio de una cuestión candente.

No se pretendía impresionar al auditorio con alardes de suficiencia; se hacía Medicina; cada cual exponía generosamente lo que el ejercicio de la profesión le iba enseñando, y cuando la discusión no era agria daba gloria escuchar los raciocinios con que cada uno fundamentaba su manera de opinar o su manera de proceder ante un caso determinado; era como asistir de espectador a una Junta de médicos discutiendo un caso práctico, visto en el ejercicio de la profesión.

A falta de disquisiciones científicas, se exponían a veces las cosas más sencillas, pero que tenían principalmente un interés de orden práctico. Recuerdo que el doctor ISIDORO PUJADOR, distinguido clínico, que gozaba de merecida reputación, sobre todo como médico de niños, ocupó una noche la tribuna para demostrar las ventajas del uso del encendedor de gasolina, que se había inventado por aquellos tiempos, para explorar el reflejo pupilar en los niños presuntos enfermos de meningitis tuberculosa, que tanto abundaba a fines del siglo pasado; y sacándose su *bricquet* del bolsillo lo encendía y apagaba para que los concurrentes se diesen cuenta de la comodidad que representaba encender y apagar bruscamente su llama para que la luz hiriese la retina. Ahora esto nos parece ingenuo, y entonces se estudió gravemente y llenó casi una sesión científica. Uno de los cirujanos más eminentes de aquellos días, el doctor ALVARO ESQUERDO, hombre cultísimo, de una seriedad y honradez ejemplares, que era de los concurrentes más asiduos, solía traer siempre a discusión actos operatorios en los cuales había fracasado o diagnósticos que la intervención quirúrgica había demostrado equivocados. Aunque era muy respetado por su valer y porque sabía defenderse muy bien si era atacado, como el grupo de los cirujanos era el más batallador y el que se guardaba menos miramientos, los más agresivos procuraban zaherirle por los mismos fracasos que él confesaba y que exponía para enseñar a los demás a no caer en la propia equivocación. El decía siempre, y con razón, que enseñan más un fracaso o una equivocación reconocida que diez aciertos ya supuestos y esperados. Si la controversia arreciaba, solía ponerle fin el doctor CARDENAL que, con su máxima autoridad, ejercía de poder moderador y apoyaba los argumentos de ESQUERDO.

El grupo de cirujanos lo componían CARDENAL, RECASENS, RUSCA, QUERALTÓ, RIBAS Y RIBAS y ANTONIO RAVENTÓS. Los tres últimos representaban el elemento joven y eran los más aguerridos en todos conceptos. Sus atrevimientos operatorios no tenían límites y eran los más decididos defensores de la intervención quirúrgica en todas las ocasiones en que podía estar remotamente indicada. Se salía entonces de la época infausta de los *misereres*, nombre que se daba a lo que se suponía ser oclusiones intestinales, de las cuales era raro que se salvara alguna, y de allí su remoquete en latín, y que no eran más que apendicitis cuya existencia se empezaba sólo a conocer, que se trataban mediante enemas de las más diversas y extravagantes sustancias y purgantes enérgicos que llevaban al infeliz enfermo a la sepultura en dos o tres días, presa de horribles dolores aumentados por el tratamiento... Este varió por completo cuando se empezó a conocer y diagnosticar la afección apendicular, pero entonces, suprimidos radicalmente enemas y purgantes, surgió la discusión entre internistas y cirujanos sobre si el tratamiento podía ser médico o había de ser quirúrgico, y esta cuestión fué de las más encarnizadas debatidas a finales del siglo pasado y principios del presente en la Academia de Cien-

cias Médicas. Los internistas defendían el tratamiento médico a base de supresión absoluta de alimentos y bebidas, opio o morfina y aplicaciones locales de calor o frío; los cirujanos maduros eran partidarios de la expetación armada, pero con intervención diferida al completo enfriamiento de la lesión; y los jóvenes, aunque poco partidarios entonces de la intervención inmediata, la aconsejaban para el cuarto o quinto día de enfermedad. Y estas discusiones se agudizaban, se prolongaban, cada cual se aferraba a su punto de vista y nunca se llegaba a un acuerdo. RUSCA y RAVENTÓS eran los más atrevidos, los más intransigentes... y los más agresivos. QUERALTÓ, hombre de mucho talento, de mucha cultura médica y de carácter intemperante; era el más temible y temido de todos.

Tampoco tenía pelos en la lengua el doctor SANTIAGO RECASENS, que, cirujano general, ya mostraba entonces su predilección para la obstetricia y la ginecología, en las que había de sobresalir más tarde al obtener su cátedra de Madrid. Se discutían a menudo casos de distocia entre el aludido y los doctores VALLS, muy modesto pero buen práctico, ROIG y BOFILL y PROUBASTA. Los tocólogos de aquellos tiempos eran menos tocúrgicos que ahora, pero tenían muy buenas manos para practicar una versión interna, una extracción podálica o una maniobra de Moriceau; se exponían con lujo de detalles todas estas intervenciones, se discutía sobre la ventaja de tal o cual modelo de fórceps y se daban los más apurados pormenores sobre la manera de aplicarlos, pero jamás oí hablar de la operación cesárea, que se consideraba sólo propia para aplicarla *in articulo mortis*; en cambio, se discutía alguna vez sobre la indicación de la fetotomía y se hablaba de cranioclastia, de céfalotripsia, de decapitación, de evisceración, etc., cosas que a nosotros nos ponían los pelos de punta. La Iglesia Católica ya se había pronunciado contra estas prácticas en feto vivo, pero tal prohibición no se había vulgarizado como lo fué después, de suerte que no debe censurarse demasiado a quienes aplicaban estos métodos, que en aquellos tiempos eran corrientes. No obstante, había entonces en la Academia espíritus fuertes que sostenían que la Iglesia no debía meterse en estos asuntos y seguían practicando embriotomías cuando las consideraban indicadas. Afortunadamente, la ciencia se encargó pronto de dar la razón a la Iglesia y cesaron aquellas carnicerías espeluznantes.

Otra rama que daba lugar a frecuentes y prolongadas discusiones era la urología. Se llevaban mucho las estrecheces uretrales, fruto de blenorragias de larga duración, entretenidas por el tratamiento a base de lavados diarios con soluciones más o menos antisépticas e irritantes aplicadas de dos y tres litros en corriente continua, que acababan con la paciencia y el bolsillo de los infelices juerguistas y les condenaban a veces a estrechez perpetua no siempre corregible con el uretrotomo. No se había ideado la prostatectomía, y el infeliz prostático venía obligado para el resto de su vida a pasarse la sonda tres o cuatro veces al día para vaciar su vejiga. Muchos de ellos llevaban el instrumento en el bolsillo y se metían en el primer mingitorio que les venía a mano y allí se sondaban; infecciones de vías urinarias, cistitis, que hacían más frecuentes sus ganas de orinar, falsas vías en los muy estenosados, urinemias por este motivo, etc., hasta dar al traste con la vida del desgraciado.

Y eran de oír las discusiones académicas sobre las ventajas de tal o cual clase de sonda, si rígida o blanda, de este o aquel material, de esta o aquella forma, número del beniqué a que debía llegarse para dar por definitiva una

dilatación, etc. Llevaban el peso de estas discusiones AZCARRETA, PAGÉS, PROUBASTA, ROCA Y ROCA y los dos hermanos FÁBREGAS, al mayor de los cuales se le llamaba Fabreguetas por su baja estatura y cuya principal fuente de ingresos eran las operaciones de Bolsa a cuyos corros acudía diariamente, y al menor *culota boquilles*, que las usaba muy elegantes, de ámbar y espuma y se pasaba las noches académicas echándoles humo para aquilotarlas. Este se había convertido, además, en edecán de FARGAS, que por aquellas fechas empezaba ya a brillar como astro de primera magnitud convertido en paladín de la recién nacida Ginecología, y por cuya ágil cucharilla iban desfilando los más señoriales y adinerados úteros barceloneses. El fué, indiscutiblemente, quien vulgarizó la laparotomía en nuestra Patria, tanto o quizás más que CARDENAL.

Las discusiones más pacíficas eran las de otorrinolaringología y de medicina interna. Las primeras tenían lugar entre SUÑÉ y MOLIST, BOTEY y, algunas veces, ROQUE y CASADESÚS. Giraban alrededor de la insuflación de Politzer, nacida en aquellos días, instilaciones de glicerina fenicada, alguna miringotomía y, de vez en cuando, amigdalotomías con el amigdalotomo de guillotina o la pinza de Ruault, que no se había inventado la extirpación total y, lo más atrevido, la extirpación de pólipos de las cuerdas vocales. No se hablaba de laringuectomías. La radical de mastoides era la que provocaba más discusiones.

De medicina interna se discutía poco... porque no era mucho lo que se sabía. La terapéutica galena, tan frondosa, se prestaba poco a discusión porque sus éxitos eran poco brillantes. ROBERT, VIURA, COMULADA, PUJADOR y PUIG Y SAIS, eran los que llevaban la voz cantante en estas discusiones. A finales del siglo pasado quizá el descubrimiento más importante en terapéutica fué el del suero antidiftérico por BEHRING y su vulgarización por ROUX. De la técnica de su aplicación y de los resultados que con él se obtenían en una enfermedad tan extraordinariamente frecuente entonces y tan mortífera, se ocuparon en nuestra Academia VIURA, GUERRA Y ESTAPÉ, PUJADOR y ZARIQUEY que, recién salido de las aulas, pero con unos años de internado en la Casa Provincial de Maternidad, llamaba la atención cuantas veces intervenía en las discusiones de la Academia, por su notable erudición, su seriedad y el conocimiento profundo que tenía de la patología infantil.

Como detalle curioso del señorío que distinguía a los médicos barceloneses de fines del siglo pasado, diré que casi todos vestían de chaqué y a menudo con sombrero de copa, y que, con bastante frecuencia, algunos se presentaban en la Academia vestidos de etiqueta —frac y corbata blanca, que entonces no se usaba el smoking— las noches de Liceo, a donde iban cubriéndose con macfarland, pues eran muchos los aficionados al bel canto. Calcúlese la prestancia que tal indumento daba, a nuestros ojos, a las figuras representativas del estamento médico en Barcelona en 1898.

Y se acabaron mis recuerdos. Es posible que se me haya olvidado algún hecho importante; pero creo que con lo dicho basta para tener una idea de lo que representaba en el ambiente médico barcelonés la Academia de Ciencias Médicas hace cincuenta años, en la cual figuraban los consagrados y los principiantes, unos y otros con el ánimo de dar el mayor lustre a la medicina catalana, y dispuestos todos a aprender unos de otros. En aquellos tiempos en que no se había minimizado el ejercicio de la Medicina en la forma exagerada

en que lo está hoy, creo firmemente que el médico era más médico, y esto hacía que se viera más querido y respetado por el enfermo y las familias, que se convertían en clientes adictos una vez habían puesto la confianza en su persona. Hoy se van acabando los clientes y van desapareciendo los médicos de familia, porque cada paciente se dirige al especialista que cree que le conviene según donde le duela, y los va variando como varía de tienda para comprarse una camisa o un par de zapatos según le agrade más o menos lo que ve en el escaparate o le haya ponderado tal o cual amigo. Y no quiero hablar de las mutualidades libres ni de las obligadas porque tengo la esperanza de que, por decoro de la clase médica y en bien de la humanidad doliente, están obligadas a cambiar de rumbo o condenadas a desaparecer. ¡Así sea!